

Cuestión de orgullo

Debidamente besadas las piernas de Lulú.

Los dos necesitábamos como que apuraran la noche y trajeran urgente de los urgentes la madrugada. Ella ni se movía en el rincón de la cama. Yo de rato en rato le pegaba travieso la oreja en la espalda desnuda para escuchar el ruido fino de sus pulmones y le besaba un trozo de piel contento inmediatamente al saberla viva. "Estoy incendiándome", me decía bajo pero permanecía quieta mirando su reloj pulsera. Lo que quería decir era que deseaba salir volando del cuarto ya que no encontraba aire para respirar fresco y suave porque le daba vergüenza. Eso fundamentalmente: que le daba vergüenza. Y que se sentía encerrada en una ratonera con el gato adentro.

- Tal vez si llamas a hora lo encuentras - dijo, quieta aún.

Pero ésa era una noche tiesa de cosas. No se aflojaba un ápice la crestona. El teléfono sonaba a la distancia, dos cuartos más allá y por todo el pasillo del hotel, como rasgando el paño de la noche, hasta perder la comunicación y dar ocupado.

- Nadie - dije. Pero no hay apuro.

De un brinco me puse de pie ágil y sin pensarla dos veces me dediqué en plena oscuridad a sacarle brillo a mis zapatos negros aprovechando el franelín a la mano. Aquello desconcertó a Lulú que seguro pensó todo lo ocurrido de nuevo. Luego bajé bullicioso el cierre de mis portateros y pasé la yema de mis dedos por la fina raya del pantalón superhuay, por los botones dorados del saco, y sentí un placer profundo. En uno de los cajones tenía tres camisas blancas (dos de repuesto), dobladas, y les pasé la palma de la mano por la piel para sentir (esto no me lo cree nadie) el latido de su corazón.

Mi maravilloso uniforme de piloto estaba listo como siempre.

- Llama - dijo ella desde su rincón-. Dale una explicación.

- De hombre a hombre -dije yo. Pero después encontré la idea exacta- De piloto a piloto.

La noche seguía quieta, varada, plantada en un charco lleno de estrellas y burbujas. Todo daba igual, de todas formas: dormir o despertar, lustrar los zapatos y afeitarse o quedarse una hora más amarrado por los brazos a la cintura de Lulú. Morderse las uñas y empujar las cutículas con una moneda hasta hacerlas sangrar, estudiar el plan de vuelo o dejarlo olvidado en el fondo del maletín Bond.

-Óyeme, Lulú. Se supone que tú eres la intelectual y que por lo tanto deberías dar la solución a esta vaina. ¿Cuál es el problema, después de todo?. Has cambiado de cuarto como muchas otras niñas en la vida. Ya está. No creo que sea posible discutir esa decisión tan personal. Y si es cuestión de puñetes, entro yo...

- He cambiado de hombre con dos tragos en la cabeza, tonto.

Huy Lulú. No quedaba claro entonces si la decisión (dudosas por eso de los dos tragos en la cabeza) había sido la correcta. Era una confesión muy poco halagadora para uno. A rascarse la propia cabeza como los monos en las jaulas. ¿Quería decir que estaba arrepentida, señorita azafata?

Yo le contesté.

- Tu problema es ser mitad azafata y mitad estudiante de psicología. Podrías volver a tu cuarto de puntillas y nadie daría a nadie esas explicaciones fastidiosas que ahora buscas. Tu pibe ha pasado de la curda a la astronomía y ya no se



acuerda qué tenía en las manos cuando empezaba la noche. Y lo que menos desea es que alguien le haga recuerdo de sus vicios. Tranquila. Por mi parte sigues en el mismo camino de siempre.

Lulú se recostó de espaldas. Sus años de universitaria de pronto la interesaron en algo muy puntual: -¿Se droga el Jimmy?

Señorita mía... De un ágil brinco me le aparecí a los pies de la cama y me prendí de sus rodillas huesudas y juveniles, articuladoras de sus bellas piernas. Era cualquier hora entre las dos y las cuatro de la madrugada, y en el cielo había algo cuasi lechoso que yo entendía como las luces recontras modernas de Miami. Envidia de alcaldes bolivianos. Un pitido de barco extraviado sonó a lo lejos en la habia y, como si estuviera todo concertado, una sirena de policía le contestó desde tierra firme. Amores que se chillan a los cuatro vientos.

- A muchos colegas les gusta tanto el espacio que cuando andan en los mostradores firmes de los bares se dan modos para seguir volando.

Acompañé las palabras estirando los brazos como cóndor.

Ella insistió con las manos aferradas a la sábana que la cubría hasta los hombros: ¿Jimmy también?

Le contesté con toda mi crueldad:

- No me atrevo a decirte la verdad.

Lulú empezó a palpar sobre el velador. Señal inequívoca de que deseaba fumar. Seguro le costaría hallar los fósforos y yo tendría que encenderlo en la cocina a gas con el grave riesgo de quemar mis pestañas como alguna otra vez, pero noté con asombro que nada. Confundido pasé el meñique por sobre el fuego y nada. Entonces me dije: se me murió el cuerpo pero ya puedo encender todos los cigarrillos necesarios en el fuego de la cocina. Era un alivio.

-¿Y al día siguiente pilotean así, drogados y con pasajeros?

Me pareció que se estaba vengando. ¿Qué importancia tenía aquello si el estricto tema éramos Jimmy, ella y yo? Escupí desde la puerta de la cocina al lavaplatos un pequeño embrión de catarro y volví a mirarla. Tenía las piernas recogidas y la quijada en la punta de las rodillas juntas, todo tapado con la sábana. Fumaba y botaba el humo de una manera especial, como si hubiera estado practicando. Yo volví a escupir y esta vez me falló porque lo que mandé se desparramó en el camino y algunas gotas quedaron coladas sobre un mueble.

Me miró como si fuera un cerdo.

- ¿Tu también? -me preguntó.

Me puso en guardia en mi propia esquina. Agaché la cabeza, moví la cintura y mandé fuerte mi derecha al frente.

- Sólo los martes de carnaval.

Lulú pareció contentarse con la noticia. Sujutando la sábana al pecho, arrastrando el resto y con el bello culo al aire pasó por mi lado rumbo al baño. Cerró la puerta tan dulcemente como si se fuera de besos con alguien y empecé su propio show bajo la ducha.

Ibámos camino del recojo.

Afuera se tenía un aire de madrugada, un poco frío y lento. Reunidos con los demás intercambiábamos saludos más bien de desencuentro. Gruñidos. La curda de la vispera había atacado el buen humor de nuestra tripulación como una epidemia. Lo que fregaba la cachimba era no poder fumar de uniforme para no romper la imagen de profesional a toda prueba como cons... ba en los contratos con la línea. A la hora que llego el bus, dejé de sentir mi lengua entabacada.

Lulú se sentó en el asiento del fondo con las demás nenas e inmediatamente se pusieron ella y las otras a reír. Los hombres aclaraban sus gargantas carraspeando seguido en una suerte de contrapunto harto original. Una carraspera nuestra, un latigazo sonoro de ellas.

Me sobó fuertemente el cuello. Ahora me jodía el hecho de no haberme quemado ni las pestañas ni el dedo con el fuego a gas de la cocina. Empecé a pensar cosas y cosas, una suerte de monólogo o diálogo conmigo mismo. Con mi pulmón, por ejemplo.

Jimmy me sacó de todo aquello.

-¿Te gustó mi sobra?

Fue suficiente. Le brinqué recto a esa papaliza doblemente perforada con un golpe aplastante que sonó como un pistoletazo. Flor de chorrera colorinche, lo dejé respirando por la boca. Desde la otra fila de asientos donde fue a dar no paraba de insultarme, de manotear amenazante, inclusive con los primeros auxilios de las nenas que (la verdad) se lo amaban. Ahí ya estaba la propia Lulú en cuestión. Lo que más le dolía a él era su camisa blanca ensangrentada y sentir dentro del cuerpo que se le había metido bastante el miedo. Se notaba que no vendría por el segundo round. El afirmaba por ahí que en trombas y mujeres nadie pero nadie como él. Yo me fui reservando hasta una mañana como ésta sin decirle para nada esta boca es mía. Lo de Lulú, vaya y pase. Yo le servi de pretexto para meterle celos al opa, y ella a mí para demostrar a los colegas quién es el que manda hoy por hoy.

GONZALO LEMA

